

AMANDA Y EL EXTRATERRESTRE

ROBERT SILVERBERG

Amanda reconoció al extraterrestre en la tarde de un viernes frente al club de vídeo, en South Main. La entidad trataba de parecer calmada e imperturbable, pero se le veía confundida e inquieta. Se había disfrazado como una chica de diecisiete años, tal vez chicana, de piel oscura y pelo tan negro que parecía casi azul, pero Amanda, que también tenía diecisiete años, sabía reconocer un farsante al verlo. Durante instantes estudió al extraterrestre desde la vereda de enfrente, para asegurarse por completo. Luego se dirigió hacia él.

—Lo estás haciendo mal —le dijo—. Cualquiera estúpido se daría cuenta de quién eres realmente.

—Déjate de molestar —dijo el extraterrestre.

—No. Escúchame. ¿No quieres que te encierren en la cárcel, verdad?

El extraterrestre observó con frialdad a Amanda y dijo:

—No sé de qué mierda estás hablando.

—Seguro que lo sabes. ¿Para qué tratas de engañarme? Mira, quiero ayudarte —explicó Amanda—. No es justo que te traten tan mal. ¿Entiendes lo que quiero decir? Mira, ven a casa conmigo, y te enseñaré algunos trucos para hacerte pasar por humano. De todas formas no tengo nada que hacer durante todo el maldito fin de semana.

Un destello de interés apareció en los ojos oscuros y fríos de la otra muchacha, pero desapareció con rapidez.

—¿Eres una loca o qué? —dijo.

—Haz lo que quieras, oh, ser de más allá de las estrellas. Deja que ellos te encierren de nuevo. Deja que te metan electrodos por el trasero. Traté de ayudarte. Eso es todo lo que puedo hacer: tratar —dijo Amanda mientras se encogía de hombros. Comenzó a marcharse de allí lentamente. No miró hacia atrás. Tres pasos, cuatro, cinco, con las manos en los bolsillos. Se dirigía con lentitud hacia el auto, preguntándose si se había equivocado. No, no. Ella podía equivocarse en ciertas cosas, como por ejemplo el interés de Charley Taylor en pasar el fin de semana con ella, tal vez. Pero no en esto. Estaba segura que esa tipa de pelo enulado era el extraterrestre que buscaban.

Todo el condado hablaba de eso. Una forma de vida no humana y mortífera había escapado del centro de detención hacia Tracy y podía estar en cualquier lado, en Walnut Creek, Livermore, hasta en San Francisco. Un monstruo peligroso capaz de imitar la forma humana, que podía comerle, digerirle y adoptar su propia forma. Y allí estaba, Amanda estaba segura, parado frente al club de vídeo.

Siguió caminando.

—Espera —dijo por fin el extraterrestre.

Amanda dio unos pasos más. Luego miró por encima de su hombro.

—¿Sí?

—¿Cómo te diste cuenta?

Amanda sonrió.

—Fácil. Tienes puesto un impermeable, y estamos en septiembre. La estación lluviosa vendrá dentro de un mes o dos. Tienes unos pantalones del viejo tipo Spandex. La gente como tú ya no lleva esa clase de ropa. Tienes la cara pintada con los colores Saint John, pero te pintaste los galones en la mejilla sobre el diseño de Berkeley. Esas son sólo las tres primeras cosas que noté. Podría encontrar muchos detalles más. Nada de lo que tienes puesto combina con nada. Es como si hubieras hecho una encuesta para decidir el modo de vestirte y luego te hubieras puesto un poco de todo. Si te estudio con más detenimiento aparecerán más detalles. Mira, tienes puestos unos auriculares, y el grabador está andando, pero no le pusiste cassette. Y ese modelo no tiene radio. ¿Qué estás escuchando, la música de las esferas? ¿Te das cuenta? Puedes pensar que tienes un camuflaje perfecto, pero no es así.

—Podría destruirte —dijo el extraterrestre.

—¿Qué? Oh, seguro. Seguro que podrías. Me comerías aquí mismo, en la calle, en menos de treinta segundos. Lo único que quedaría sería un pequeño rastro de sangre cerca de la puerta y una nueva Amanda se marcharía. Pero, ¿y después qué? ¿Qué beneficio te traería? Seguirías cometiendo errores. De modo que no es lógico que me destruyas, a menos que seas una estúpida. Estoy de tu lado. No te voy a entregar.

—¿Por qué debo confiar en ti?

—Porque he estado hablando contigo durante cinco minutos y todavía no me he puesto a gritar para llamar a la policía. ¿No sabes que la mitad de California está buscándote? ¿Sabes leer? Ven aquí un minuto. Ven. —Amanda guió al extraterrestre hacia el puesto de diarios y revistas. En la portada del *Examiner* vespertino decía:

TERROR DEBIDO A UN EXTRATERRESTRE EN EL ÁREA DE LA BAHÍA

El ejército se unirá a una cacería organizada por nueve condados

El alcalde y el gobernador tratan de prevenir el pánico

—¿Entiendes esto? —preguntó Amanda—. Están hablando de ti. Están avanzando con lanzallamas, dardos tranquilizantes, redes, trampas y Dios sabe qué más. Se ha desatado una histeria total durante un día y medio. Y tú parada aquí con los galones mal pintados. ¡Dios! ¿Qué planes tienes? ¿A dónde tratas de ir?

—A casa —contestó el extraterrestre—. Pero primero debo llegar al punto de encuentro.

—¿Dónde está eso?

—¿Crees que soy una estúpida?

—Mierda —dijo Amanda—. Si quisiera entregarte ya lo habría hecho hace cinco minutos. Pero está bien, me importa una mierda dónde está tu punto de reunión. Pero te digo que disfrazada así apenas vas a llegar hasta San Francisco. Es un milagro que no te hayan atrapado hasta ahora.

—¿Me ayudarás?

—Eso es lo que estoy tratando de hacer. Vamos. Salgamos de aquí. Te llevaré a mi casa y te arreglaré un poco. Dejé el auto en el estacionamiento de aquí a la vuelta.

—Bien.

—Por fin. —Amanda meneó la cabeza lentamente—. Dios, algunas personas no dejan que se las ayude cuando una trata de hacerlo.

Mientras se alejaba del centro de la ciudad, Amanda le echaba un vistazo de vez en cuando al extraterrestre sentado rígidamente a su derecha. En general el disfraz era muy convincente. Tal vez los pequeños detalles estaban mal, el aspecto exterior, lo antropológico, pero el extraterrestre era *idéntico* a un ser humano, *sonaba* como un humano, hasta *olía* como uno. Es posible que engañara a noventa y nueve de cada cien personas, o tal vez a más. Pero Amanda siempre había sido muy detallista. Y en el instante en que había reconocido al extraterrestre en South Main ella estaba singularmente alerta, receptiva, con los nervios preparados y con todas las antenas paradas.

Por supuesto que ella no estaba cazando extraterrestres, sino sólo distracción, un poco de diversión, algo que llenara el gran vacío que había dejado Charley Taylor en su fin de semana.

Amanda había estado planeando el fin de semana con Charley durante todo el mes. Sus padres se iban de excursión al lago Tahoe por tres días, su hermana menor había conseguido que la llevaran con ellos, y Amanda iba a tener toda la casa para ella sola, sólo para ella y para Macavity, el gato. Y Charley. Él pasaría a su casa el viernes por la tarde, iban a preparar la cena entre los dos, se iban a drogar con la «merca» que tenía escondida e iban a mirar cinco o seis de los videos porno que tenían sus padres. El sábado irían a la ciudad, andarían de levante por los distritos raros e irían a la casa de baños de la calle Folsom, en donde todos se desnudaban y se metían en el enorme Jacuzzi. Y luego el domingo... Bueno, nada de eso sucedería. Charley la había llamado el jueves para cancelar todo. «Se me presentó algo realmente grande», le dijo, y Amanda sabía muy bien de qué se trataba. Era su primita calentona de New Orleans, que a veces venía de visita sin avisar. Pero ese desconsiderado hijo de perra parecía ignorar cuánto deseaba Amanda este fin de semana, lo mucho que significaba para ella, lo doloroso que resultaba ser descartada de esa forma. Se había imaginado tantas veces los acontecimientos del fin de semana que sentía como si ya los hubiese experimentado. Era muy real para ella. Pero de la noche a la mañana se habían convertido en irreales.

Tres días sola, con la casa vacía. Apenas había comenzado el semestre, así que no tenía tarea para hacer. ¡Y Charley la había dejado plantada! ¿Qué debería hacer ahora? ¿Ir de levante desesperadamente

por la ciudad buscando a un viejo amante como compañero de juegos? ¿O conseguir un extraño? Amanda odiaba perder el tiempo con extraños. Tuvo ganas de ir a la ciudad y dejar que las cosas pasaran, pero allí había tipos estrafalarios y desagradables y ella sabía lo que podía esperar de ellos. ¡Qué desperdicio no tener a Charley! Podría matarlo por haberle robado el fin de semana.

Pero ahora tenía al extraterrestre. Una docena de estos seres habían llegado a la Tierra el año pasado, no en un plato volador como todos esperaban, sino en pequeñas cápsulas que flotaban como flores de cardo. Habían aterrizado en un amplio semicírculo entre San Diego y Salt Lake City.

Su forma natural, por lo menos eso era lo que se decía, era parecida a una enorme medusa con una hilera de enormes ojos púrpura bordeando uno de sus márgenes ondulantes. La táctica usual era tomar prestado un cuerpo local, digerirlo y transformarse en una imitación exacta del mismo. Uno de ellos había cometido el error de convertirse en un oso montañés, y otro en un lince —tal vez pensaron que eran las formas de vida predominantes en la Tierra—, pero los demás habían obtenido cuerpos humanos, al costo de por lo menos diez vidas.

Luego se dispusieron a entrar en contacto con los líderes del gobierno, y naturalmente se los había atrapado de inmediato y se los había encerrado, algunos en hospitales para dementes y otros en las celdas del condado. Pero con el tiempo —en cuanto se comprendió cabalmente la verdad de su origen— se los recluyó en un campo de detención especial al norte de California.

Por supuesto que se generó un gran escándalo alrededor de ellos, corrieron ríos de tinta, hubo un sinfín de noticias acerca de ellos en la televisión, especulaciones de este o aquel gran pensador acerca del significado de su misión, la naturaleza de su bioquímica, rumores alocados acerca de la posibilidad que más seres de esta raza estuvieran aguardando, sin ser detectados, en el espacio, planeando Dios sabe qué, y todo ese tipo de cosas. Luego el gobierno dejó de dar noticias sobre el tema, y no hizo ningún anuncio oficial salvo que se continuaba el «diálogo» con los visitantes. Poco tiempo después el asunto degeneró en bromas tontas sobre extraterrestres («¿Por qué cruzó la carretera el extraterrestre?») y máscaras de invasores para la Noche de Brujas. Luego el tema abandonó el centro de interés de la población y fue olvidado.

Y así permaneció hasta anunciarse que una de las criaturas había logrado escapar del campo y se encontraba en libertad en un radio de cien kilómetros alrededor de San Francisco. A pesar de estar preocupada y angustiada debido a la mala pasada que le había jugado Charley, Amanda había escuchado la noticia. Y ahora el extraterrestre estaba en su auto. Después de todo, iba a tener un poco de diversión ese fin de semana. Amanda no le temía en lo más mínimo a la supuesta peligrosidad de la entidad. El extraterrestre podía ser cualquier cosa pero, si lo habían elegido para viajar a través de media galaxia en una misión así, no debía ser tonto. Además Amanda sabía que el extraterrestre comprendería que si le hacía daño eso no lo beneficiaría. La entidad le necesitaba, y lo sabía. Y Amanda, de alguna manera que apenas vislumbraba, necesitaba al extraterrestre.

Se detuvo frente a su casa, un edificio compacto con pisos en diferentes niveles situado en el extremo oeste de la ciudad.

—Aquí es —dijo.

El sol resplandecía sobre las paredes blancas de la casa, y las colinas en la parte trasera, reseca debido al verano prolongado, tenían el color de los leones.

Macavity, el viejo gato de Amanda, se desperezaba a la sombra de un arbusto del descuidado jardín del frente. Cuando Amanda y el extraterrestre se acercaron, el gato se incorporó de inmediato, agachó las orejas y gruñó. Inmediatamente el extraterrestre adoptó una postura a la defensiva, olfateando el aire.

—Es sólo una mascota hogareña —dijo Amanda—. ¿Sabes lo que es eso? No es peligroso. Siempre sospecha de los extraños.

Eso no era verdad. Ni un terremoto hubiera hecho que Macavity se despertara de su siesta, y ni siquiera hubiera reaccionado ante un grupo de ratones bailando un minué sobre su cola. Amanda lo calmó con unas caricias, pero él no quería saber nada con el extraterrestre. Se deslizó furtivamente debajo de unos arbustos, malhumorado. La entidad lo observó con cuidado hasta que desapareció de la vista.

—¿No tienen gatos en tu planeta? —preguntó Amanda mientras entraban en la casa.

—Una vez tuvimos pequeños animales salvajes. Eran innecesarios.

—Oh —dijo Amanda, perdiendo interés en el tema. La casa tenía olor a encierro, así que prendió el acondicionador de aire—. ¿Dónde está tu planeta?

El extraterrestre ignoró la pregunta olímpicamente. Inspeccionó la sala de estar como un gato al acecho, estudiando el estéreo, la televisión, los sillones, la mesita de centro y el florero con flores secas.

—¿Este es un típico hogar terrícola?

—Más o menos —Amanda le respondió—. Por lo menos es típico en los alrededores. Esto es lo que nosotros llamamos un suburbio. En media hora, por la autopista, llegas a San Francisco. Es una ciudad. Si te interesa, te llevaré allí esta noche o mañana para que le eches un vistazo. —Puso un poco de música. Al parecer al extraterrestre no le molestaba, así que subió el volumen al máximo—. Me voy a dar una ducha. Tú también podrías darte una.

—¿Ducha? ¿Quieres decir lluvia?

—Quiere decir actividades higiénicas. A los terrícolas nos gusta mucho lavarnos, así nos sacamos la suciedad y la transpiración. No queda bien que la gente apeste. Vamos. Te mostraré cómo se hace. Tienes que hacer lo que yo hago si no quieres que te atrapen, ¿sabes? —Condujo al extraterrestre al baño—. Primero quítate la ropa.

La entidad se la sacó. Debajo del impermeable llevaba una polera manchada que decía *El muelle de los pescadores* con un dibujo del horizonte de San Francisco, y unos vaqueros a los que no le había subido el cierre. Debajo tenía un corpiño negro, desabrochado y con las tazas en los homóplatos, y un pequeño calzón negro y brillante con un corazón rojo en la nalga izquierda. El cuerpo del extraterrestre era el de una chica delgada y fuerte, con una larga cicatriz en la cara interna de un brazo.

—A propósito, ¿de quién es ese cuerpo? —Amanda le preguntó—. ¿Lo sabes?

—Trabajaba en el centro de detención, en la cocina.

—¿Sabes cómo se llamaba?

—Flores Concepción.

—Seguramente al revés. Concepción Flores. Te llamaré Connie, a menos que quieras decirme tu nombre verdadero.

—Connie está bien.

—Muy bien, Connie. Presta atención. Con esto abres el grifo y mezclas el agua caliente y la fría hasta que te guste. Entonces giras esta manija y te colocas debajo de la lluvia, te mojas, te enjabonas y te enjuagas. Después te secas y te pones ropa limpia. También tienes que lavar tu ropa de vez en cuando, sino toma mal olor y eso le molesta a la gente. Mira cómo me ducho y después tú haces lo mismo.

Amanda se lavó rápidamente con la cabeza hecha un hervidero de planes. El extraterrestre no iba a llegar muy lejos en el cuerpo de Concepción Flores. Tarde o temprano alguien se daría cuenta que había desaparecido una de las chicas de la cocina y entonces comenzarían a buscarla por todos lados. Amanda se preguntó si el extraterrestre ya se había dado cuenta de eso. *El extraterrestre*, pensó Amanda, *necesita un cuerpo diferente lo antes posible.*

Pero no el mío, se dijo. *Ciertamente el mío no.*

—Tu turno —le dijo despreocupadamente mientras cerraba el grifo.

El extraterrestre, con torpeza, abrió de nuevo el grifo y se colocó debajo del agua. Se empezó a formar vapor y la piel de la entidad tomó todo el aspecto de estar achicharrándose, pero a él no pareció importarle. ¿No sentiría dolor?

—Espera —dijo Amanda—. Retrocede un poco. —Cerró el grifo—. Estaba muy caliente. Así vas a dañar ese cuerpo. Mira, si no sabes diferenciar lo caliente de lo frío es mejor que te des duchas frías, ¿de acuerdo? Así es menos peligroso. De este lado está el grifo del agua fría.

Dejó al extraterrestre duchándose y fue a buscarle ropa limpia. Cuando regresó, la entidad seguía duchándose con agua helada.

—Suficiente —le dijo—. Ponte estas ropas.

—Antes tenía puesta más ropa.

—Con este tiempo tan caluroso sólo necesitas una polera y pantalones. No te pongas corpiño, no tienes mucho y de todas formas no creo que aprendas a ponértelo bien.

—¿Ahora nos pintamos la cara?

—Cuando estamos en casa no. Esa mierda de pintura tribal es cosa de chicos. Si salimos te pinto, y te pondré los colores Walnut Creek, creo. Concepción usaba los Saint John, pero nosotras queremos impresionar a la gente. ¿Quieres un poco de droga?

—¿Qué?

—Porro. Marihuana. Una droga que usamos comúnmente los adolescentes de la Tierra.

—No necesito ninguna droga.

—Yo tampoco. Pero me *gustaría* un poco. Debes saber cómo se hace, en caso que te encuentres en una reunión.

Amanda fue a buscar el paquete de Filter Golds y sacó un porro. Con manos expertas retorció un extremo y lo probó.

—Toma —le dijo, pasándoselo—. Sosténlo como yo. Llévatelo a la boca, inhala, traga el humo. —El extraterrestre obedeció—. No tanto —dijo Amanda—. Sólo un poco. Contiene la respiración. Larga el aire. Así está mucho mejor. Ahora devuélveme el porro. Lo tienes que pasar, esa es una parte muy importante. ¿Sientes algo?

—No.

—Puede ser sutil. No te preocupes. ¿Tienes hambre?

—Todavía no —respondió el extraterrestre.

—Yo sí. Ven a la cocina.

Mientras se preparaba un sandwich de mantequilla, palta, tomate y cebolla, le preguntó:

—¿Qué clase de cosas comen ustedes?

—Vida.

—¿Vida?

—Nunca comemos cosas muertas. Sólo cosas vivas.

Amanda trató de disimular un escalofrío.

—Ya veo. ¿*Cualquier cosa* que tenga vida?

—Preferimos la vida animal. Pero podemos absorber plantas si es necesario.

—Ah, sí. ¿Y cuándo vas a tener hambre de nuevo?

—Tal vez esta noche —respondió el extraterrestre—. O mañana. El hambre, cuando aparece, lo hace de pronto.

—No hay mucho con vida por aquí que puedas comer. Pero veré qué te puedo conseguir.

—¿El animalito peludo?

—No. Mi gato no será tu cena. Quítate esa idea de la cabeza. Y yo tampoco. Soy tu protectora y tu guía. Sería una estupidez si me comieras. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Dije que todavía no tengo hambre.

—Bien, pero avísame cuando lo tengas. Te encontraré la cena.

Amanda comenzó a preparar otro sandwich. El extraterrestre merodeó por la cocina examinando los artefactos domésticos. Tal vez estaría haciendo un plano mental del diseño de la piletta y del horno, pensó Amanda, para copiarlo cuando estuviera de regreso en su casa.

—¿Por qué vino aquí tu gente? —le preguntó.

—Era nuestra misión.

—Sí. Seguro. ¿Pero para qué? ¿Qué es lo que buscan? ¿Quieren conquistar el mundo? ¿Quieren robar nuestros secretos científicos?

El extraterrestre, sin responder, comenzó a sacar las especias de su estante. Se mojó delicadamente la punta de un dedo, tocó el orégano, se llevó el dedo a la boca, luego probó el comino. Amanda preguntó:

—¿O es que quieren evitar que viajemos al espacio? ¿Creen que somos una especie peligrosa y quieren recluirmos en nuestro planeta? Vamos, a *mí* me lo puedes contar. No soy un espía del gobierno.

El extraterrestre probó el estragón, la albahaca, la salvia. Cuando quiso tomar el curry, su mano empezó a temblar con tanta violencia que volcó los frascos del orégano y del comino, que estaban abiertos. El piso quedó hecho un desastre.

—¿Estás bien? —preguntó Amanda.

—Creo que empiezo a tener hambre —contestó el extraterrestre—. ¿Estas cosas también son drogas?

—Son especias —respondió Amanda—. Las ponemos en la comida para darle un mejor sabor. —El extraterrestre se veía muy raro, con los ojos vidriosos, enrojecido y sudoroso—. ¿Te sientes mal?

—Me siento animada. Estos polvos...

—¿Te excitan? ¿Cuál?

—Éste, creo. —Señaló el orégano—. Fue el primero o el segundo.

—Sí —respondió Amanda—. Orégano. Realmente te puede hacer volar.

Se preguntó si el extraterrestre se pondría violento al estar dopado, o si el orégano estimularía su apetito. Tenía que estar alerta. *Hay ciertos riesgos*, pensó, *haciendo lo que hago*. Limpió rápido el orégano y el comino que se habían volcado y tapó los frascos.

—Debes tener cuidado —dijo—. Tu metabolismo no está acostumbrado a esto. Un poco puede hacerte mucho efecto.

—Dame más.

—Más tarde —contestó Amanda—. No querrás excederte tan temprano.

—¡Más!

—Cálmate. Conozco este planeta mejor que tú y no quiero verte en problemas. Confía en mí. Te daré más orégano en el momento apropiado. Mira cómo estás temblando. Y estás sudando como un caballo. — Se guardó el frasco de orégano en un bolsillo y condujo al extraterrestre a la sala de estar—. Siéntate y relájate.

—¿Me das más, por favor?

—Aprecio tus buenos modales. Pero tenemos cosas importantes de qué hablar. Después te daré más, ¿está bien?

Amanda bajó las persianas. El sol de la tarde brillaba con fuerza. Viernes a las seis, si todo hubiera salido bien Charley estaría por venir de un momento a otro. Bueno, ella había encontrado una distracción diferente. El fin de semana se extendía frente a ella como un vasto camino que conducía a la tierra de los misterios. El extraterrestre ofrecía toda clase de posibilidades, y ella podría divertirse durante los próximos días, si usaba la cabeza. Amanda se dirigió al extraterrestre y le preguntó:

—¿Estás más calmada ahora? ¿Sí? Bien. Tienes que conseguir otro cuerpo.

—¿Por qué?

—Por dos razones. Primero, es probable que las autoridades estén buscando a la chica que absorbiste. Es difícil de entender cómo hiciste para llegar tan lejos sin que nadie se diese cuenta, salvo yo. Segundo, a una chica que viaja sola la molestan mucho, y tú no sabes cómo manejarte en una situación difícil. ¿Sabes lo que quiero decir? Vas a viajar a dedo hasta Nevada, Wyoming, Utah, o donde mierda esté tu punto de encuentro, y la gente te va a molestar durante todo el camino. Además, es muy complicado hacerse pasar por una chica. Debes saber cómo ponerte la pintura en la cara, cómo entender los códigos con los hombres, la forma en que llevas puesta la ropa dice mucho, y otras cosas por el estilo. Los muchachos tienen una subcultura mucho más sencilla. Te consigues un cuerpo masculino grande y fuerte y nadie te molestará durante el viaje. No debes hablar, ni mirar a nadie, ni sonreír, y la gente te dejará tranquilo.

—Suenas lógico —dijo el extraterrestre—. Está bien. Tengo mucho hambre ahora. ¿Dónde puedo conseguir un cuerpo masculino?

—En San Francisco. Está lleno de hombres. Iremos allí esta noche y encontraremos un tipo fuerte y musculoso para ti. Si tenemos suerte hasta podríamos encontrar uno que no sea marica, y entonces podremos divertirnos un rato con él antes que te lo comas. Después tú te apoderas de su cuerpo, lo que resuelve tu problema de alimento por un tiempo, ¿no es cierto? Y después podremos divertirnos un poco más, todo el fin de semana. —Amanda le guiñó un ojo—. ¿De acuerdo, Connie?

—De acuerdo. —El extraterrestre guiñó también un ojo, una imitación torpe, y luego el otro—. ¿Ahora me vas a dar más orégano?

—Más tarde. Y cuando guiñes el ojo, que sea sólo uno. Así. Pero no creo que debas guiñarle el ojo a la gente. Es un gesto muy íntimo que te puede meter en líos. ¿Entiendes?

—Hay mucho que entender.

—Estás en un planeta extraño, pequeña. ¿Esperabas que todo fuese como en casa? Bien, sigamos. Lo siguiente que debes saber es que cuando salgas de aquí el domingo debes...

Sonó el teléfono.

—¿Qué es ese sonido? —preguntó el extraterrestre.

—El sistema de comunicaciones. En seguida vuelvo.

Fue a contestar el teléfono de la sala imaginándose lo peor: que eran sus padres los que llamaban para avisarle que esa noche volvían del lago Tahoe, porque se habían confundido las reservaciones o algo así.

Pero la voz que la saludó fue la de Charley. Ella apenas lo podía creer, después de la forma en que la había engañado ese fin de semana. Tampoco podía creer lo que él quería. La semana pasada se había olvidado en la casa de Amanda media docena de cassettes de rock de la era de oro: Abbey Road, y el de Hendrix, y el de la Joplin, y ahora él se dirigía al festival de Monterrey y quería tenerlos para pasarlos durante el trayecto. ¿A ella le importaría si él pasaba en media hora para recogerlos?

Ese hijo de perra, pensó, *¡es una basura!* Primero le había arruinado el fin de semana sin siquiera disculparse, y luego le hacía saber que él y como-quiera-que-se-llame se iban a Monterrey a divertirse y... ¿Le podía devolver los cassettes? ¿Creía que ella no tenía sentimientos? Miró el teléfono como si despidiese sapos y culebras. Tuvo ganas de cortar.

Resistió la tentación.

—Mira qué casualidad —le dijo a Charley—. Justo estaba por irme yo también durante el fin de semana. Pero tengo aquí a una amiga que se queda para cuidar el gato. Le voy a dejar los cassettes a ella, ¿está bien? Se llama Connie.

—Fantástico —contestó Charley—. Te estoy muy agradecido, Amanda. De verdad.

—No es nada —dijo ella.

El extraterrestre había regresado a la cocina y estaba husmeando alrededor del especiero. Pero el orégano lo tenía Amanda.

—Arreglé todo para que tengas un nuevo cuerpo —le dijo ella.

—¿Lo hiciste?

—Un enorme adolescente macho y saludable. Es exactamente lo que estás buscando. Va a venir aquí en cualquier momento. Yo me iré a dar un paseo y tú te ocuparás de él antes que yo vuelva. ¿Cuánto tiempo tardas en... comerte... a alguien?

—Es muy rápido.

—Bien. —Amanda encontró los cassettes de Charley y los apiló sobre la mesa de la sala de estar—. Él vendrá aquí para llevarse estas seis cajitas, que son aparatos para el almacenamiento de música. Cuando suene el timbre, tú vas, le abres, lo haces pasar y le dices que eres Connie. Después le dices que sus cosas están sobre la mesa y te arreglas con él. ¿Crees que puedes manejarlo?

—Seguro —contestó el extraterrestre.

—Métete la polera dentro del pantalón. Cuando está ajustada te marca los pechos y eso lo distraerá. Incluso se te puede insinuar. ¿Qué pasará con el cuerpo de Connie después que te hayas comido a Charley?

—No estará aquí. Lo que sucede es que me fundó con el nuevo cuerpo, disuelvo las características del anterior y adopto las nuevas.

—Ah, qué práctico. Eres realmente una pesadilla, ¿sabes? Un horror ambulante. Aquí tienes, toma un poquito más de orégano antes que me vaya.

Le colocó una pequeña pizca de especias en la mano.

—Sólo para calentarte un poco el motor. Te daré más después, cuando hayas hecho el trabajo. Volveré en una hora.

Abandonó la casa. Macavity estaba sentado en la puerta de entrada, gruñendo y agitando la cola de un lado a otro. Amanda se arrodilló a su lado y lo acarició detrás de las orejas. El gato ronroneó sorda y hondamente, no como lo hacía siempre. Amanda le dijo:

—¿No estás contento, verdad pequeño? Bueno, no te preocupes. Le dije al extraterrestre que no te moleste, y te aseguro que todo va a estar bien. Esta noche habrá diversión para Amanda. ¿No te importa que Amanda se divierta un poco, no? —Macavity olfateó el aire—. Mira, tal vez pueda conseguir que el extraterrestre cree una pequeña gata para ti, ¿qué te parece? En celo y lista para ronronear. ¿Te gustaría eso, pequeño? ¿Te gustaría? Veré qué puedo hacer cuando regrese. Pero ahora me tengo que ir, antes que aparezca Charley.

Subió al auto y se dirigió a la rampa de la autopista que conducía al oeste. Eran las seis y media, viernes en la noche, y el sol todavía no se había ocultado detrás de la Bahía. Había mucho tránsito en los carriles que llevaban al este, los últimos empleados que se dirigían hacia sus casas. El tránsito también se empezaba a congestionar hacia el oeste, ya que la gente se dirigía a San Francisco para cenar. Amanda pasó por el túnel y dobló hacia el norte en Berkeley para pasear por las calles de la ciudad. Eran las siete menos diez. Charley debería haber llegado. Se imaginaba a Connie con su polera ajustada, excitada y transpirada debido al orégano, y Charley insinuándosele, pensando en divertirse con la oportunidad que se le presentaba antes de irse con los cassettes. Y Connie animándolo, Charley haciendo sus movimientos y luego, de improviso, el momento eléctrico de sorpresa cuando el extraterrestre lo atacara. Charley convertido en cena. *Podría estar pasando en este mismo momento*, pensó Amanda con tranquilidad. *Esto es lo que ese hijo de perra se merece*. Durante mucho tiempo había presentido que Charley era un gran error en su vida, y después de lo que había hecho ayer estaba segura. *Lo que se merece*.

Pero, se preguntó, *¿y si Charley había ido a su casa con la chica que pensaba pasar el fin de semana?* El pensamiento la paralizó. No había considerado esa posibilidad. Podría arruinarlo todo. Connie no sería capaz de comerse dos personas al mismo tiempo. ¿O sí? ¿Y si la reconocían como el extraterrestre perdido y corrían a llamar a la policía?

No, pensó. Charley no sería tan caradura como para llevar a su chica a la casa de Amanda. Y Charley nunca veía los noticieros ni abría un periódico.

En realidad no sabría quién era Connie hasta que fuese demasiado tarde para escapar.

Las siete. Era hora de volver a casa.

El sol se ponía detrás de ella mientras regresaba a la autopista. A las siete y cuarto llegaba a su casa. La vieja Honda roja de Charley estaba estacionada afuera.

Amanda estacionó en la vereda de enfrente y entró en la casa con cuidado, deteniéndose en la puerta de entrada para escuchar.

Silencio.

—¿Connie?

—Aquí —respondió la voz de Charley.

Amanda entró a la sala de estar. Charley estaba despatarrado cómodamente sobre el sofá. No había ningún rastro de Connie.

—¿Cómo te fue? —preguntó Amanda.

—Fue la cosa más fácil del mundo —contestó el extraterrestre—. Estaba deslizando sus manos debajo de mi polera cuando le di el shock anulador.

—Ah, el shock anulador.

—Después completé la ingestión y limpié la alfombra. Dios, qué bueno no tener hambre. No puedes imaginarte cuánto me costó no comerte, Amanda. Durante la última hora estuve pensando sólo en comida, comida, comida...

—Fue muy sensato que hayas resistido la tentación.

—Sé que tratas de ayudarme. Es lógico no comerse a los aliados.

—Eso es obvio. ¿Te sientes bien alimentado ahora? ¿Fue una buena cena?

—Robusto, saludable, alimenticio... sí.

—Me alegro que Charley haya servido para algo. ¿Cuándo vas a volver a tener hambre?

El extraterrestre se encogió de hombros.

—En un día o dos. Tal vez tres. ¿Me das más orégano, Amanda?

—Seguro —contestó ella—. Seguro.

Se sentía un poco desilusionada. No es que sintiera remordimiento por lo de Charley, no exactamente, pero todo parecía tan casual, tan rápido... en cierto modo había como un anticlímax en todo eso.

Sospechaba que se debería haber quedado en la casa y observar cuando pasaba. Pero ya era demasiado tarde.

Sacó el orégano de su bolso y sacudió el frasco para atormentar al extraterrestre.

—Aquí está, querido. Pero primero te lo tienes que ganar.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que esperaba ansiosamente pasar un fantástico fin de semana con Charley, y el fin de semana ya está aquí. Charley también, más o menos, y estoy lista para divertirme. Muéstrame un poco de diversión, grandote.

Deslizó en el grabador un cassette de Hendrix que era de Charley y subió el volumen al máximo.

El extraterrestre se veía confundido. Amanda comenzó a sacarse la ropa.

—Tú también —le indicó Amanda—. Vamos. No tendrás que buscar mucho en la memoria de Charley para darte cuenta de lo que tienes que hacer. Serás mi Charley durante este fin de semana, todo para mí. ¿Entiendes? Tú y yo haremos todas las cosas que él y yo íbamos a hacer. Vamos. Vamos.

El extraterrestre se encogió nuevamente de hombros y comenzó a sacarse la ropa, luchando con el cierre y los botones, desconocidos para él. Amanda, sonriendo, lo acercó a ella y se acostaron en el piso de la sala. Ella tomó las manos de él y las colocó donde quería que estuviesen. Le murmuró instrucciones. El extraterrestre, dócil, obediente, hizo lo que ella quería.

Se sentía como Charley, olía como Charley y, después de sus instrucciones, hasta se movía casi en la misma forma que Charley.

Pero no era Charley. No lo era, y después de los primeros segundos Amanda se dio cuenta que estaba en un gran lío. No se podía hacer el amor con una imitación. Era como hacerlo con una máquina muy inteligente, o con su propia imagen reflejada en un espejo. Era vacío, sin significado, frío.

Terminó con desagrado. Se separaron, jadeando y transpirando.

—¿Bien? —preguntó el extraterrestre—. ¿El piso se movió para ti?

—Sí. Sí. Fue fantástico... Charley.

—¿Orégano?

—Seguro —respondió Amanda, entregándole el frasco—. Siempre cumplo con lo que prometo, querido. Toma, prueba un poco. Pero recuerda que es muy fuerte para los de tu planeta. Si te pasas, te voy a dejar tirado en el piso, estés donde estés.

—No te preocupes por mí.

—Está bien. Diviértete un poco. Me voy a lavar, y después podemos ir a San Francisco a divertirnos un poco. ¿Te interesa?

—Seguro, Amanda. —Le guiñó un ojo, luego el otro, y tragó una cantidad enorme de orégano—. Suena fantástico.

Amanda recogió su ropa, subió para darse una ducha rápida, y se vistió. Cuando regresó, el extraterrestre estaba en pleno vuelo de orégano, con los ojos saltones, la cabeza ladeada, tirado en el sillón y cantando una extraña melodía atonal. *Bien*, pensó Amanda, *estás en pleno vuelo, amorcito*. Tomó el teléfono portátil de la cocina, se lo llevó al baño, cerró la puerta con llave y marcó silenciosamente el número de emergencia de la policía.

Se había cansado del extraterrestre. El juego se había echado a perder muy pronto. Y era una locura, pensó, pasar el fin de semana encerrada con una criatura extraterrestre peligrosa si no iba a obtener nada de diversión. Además, esa entidad tendría hambre de nuevo en uno o dos días.

—Tengo al extraterrestre —dijo—. Está sentado en mi sala, sin sentido debido al orégano. Sí, estoy absolutamente segura. Primero estaba disfrazado como una chicana, Concepción Flores, y después atacó a mi novio, Charley Taylor, y... sí, sí, estoy a salvo. Me encerré en el baño. Rápido, manden a alguien aquí... Sí, está bien, no voy a colgar... Sí, lo que pasó es que lo reconocí en la ciudad, frente al club de vídeo, y la entidad insistió en venir a casa conmigo...

La captura duró unos pocos minutos. Pero no hubo paz durante horas después que el escuadrón táctico de la policía se llevó al extraterrestre, ya que los periodistas llegaron inmediatamente. Primero fue un equipo del canal 2 de Oakland, y luego algunos tipos de la red de noticias, luego los del *Chronicle* y, por último, un ejército completo de periodistas que venían desde Sacramento. Y llamadas telefónicas desde Los Angeles, San Diego y —tres por lo menos durante la mañana— New York.

Repitió la historia una y otra vez hasta que se cansó, y al amanecer echó al último periodista y cerró la puerta con llave.

No tenía sueño. Se sentía animada, acelerada y al mismo tiempo deprimida. El extraterrestre se había ido. Charley también se había ido y ella estaba completamente sola. Iba a ser famosa durante los próximos días, pero eso no la ayudaría. Igual estaría sola. Durante un tiempo vagabundó por la casa, observándola como lo hubiera hecho un extraterrestre, como si nunca hubiera visto el estéreo, el televisor o el especiero. Había olor a orégano por todas partes.

Encendió la radio y escuchó las noticias de las seis de la mañana: «...la emergencia ha pasado gracias a una valiente muchacha de la Escuela de Walnut Creek que atrapó y venció a la forma de vida más peligrosa de todo el universo conocido...»

Sacudió la cabeza.

—¿Crees que eso es cierto? —le preguntó al gato—. ¿La forma de vida más peligrosa en el universo? No lo creo, Macavity. Creo que conozco por lo menos una que es muchísimo más peligrosa. ¿No, pequeño? —Le guiñó el ojo—. Si ellos supieran, si se enteraran... —Alzó al gato y lo abrazó. Macavity empezó a ronronear. Tal vez sería una buena idea tratar de dormir un poco. Más tarde tendría que pensar qué hacer durante el resto del fin de semana.

FIN

Título Original: *Amanda and the Alien* © 1983.
Digitalización, Revisión y Reedición Electrónica de Arácnido.
Revisión 4.